



HOMBRES Y DIOSES

por el R.: H.: Samuel Kaplan
Israel



VM:., QQ:.HH:.

Permitidme hablar hoy sobre los pensamientos de los hombres. Hablaremos sobre como actúan los sentimientos humanos en el diseño de estos pensamientos. Para ser más concretos, hablaremos sobre lo que piensan los hombres que los dioses aman. No hablaremos de los dioses, hablaremos solamente de los pensamientos de los hombres y de la consecuencia directa, los actos de los hombres para con los dioses o divinidades.

No os debe sorprender que utilice la palabra Dios en plural. Un 73% de la población mundial es politeísta, cree o mantiene la creencia en la existencia de más de un solo Dios, cree en la existencia de varios dioses. Desde la India, la China, el continente africano y partes de Sudamérica, grupos humanos en forma de clanes, tribus y sectas, creen en la existencia de varios y variados dioses a quienes rinden culto de acuerdo a antiguas tradiciones y costumbres que los agrupan y unifican.

VM:., QQ:.HH:.

Desde el comienzo de los tiempos, los hombres han dedicado su atención a entes superiores y han ofrecido presentes a quien denominaron Dios. Los dioses aman hermosos presentes, flores, carnes, granos, perfumen e incensos, oro y plata, piedras preciosas y ropajes. Los dioses gustan verse en cuadros y pinturas, murales, esculturas y monumentos. Los Dioses –piensan los hombres- gustan habitar en palacios, aman el lujo y la ostentación, el brillo y el esplendor.

En forma genérica puede afirmarse que lo común y lo diferente de las ofrendas que los hombres ofrecen a los dioses indica lo similar entre los seres humanos y no las posibles diferencias entre ellos. Esta similitud puede canalizarse hacia el común denominador del pensamiento humano y su comportamiento hacia la divinidad que ante él se eleva.

VM:., QQ:.HH:.

En toda y cada una de las sociedades humanas encontramos creencias religiosas. Eduard Taylor, el más importante investigador de las religiones en nuestros días, sostiene que el fundamento del pensamiento religioso es el animismo. el que dice que los hombres comparten el mundo con entidades de la naturaleza que son antinaturales. Alude a la existencia de espíritus, hadas, ángeles, duendes y dioses. En todo lugar donde existen hombres que creen en la existencia de una o más de estas entidades, existe una religión. Incluso el Budismo, que pretendió difundirse en su más pura esencia en bases liberadas de todo pensamiento animista no logró que sus creyentes aceptaran las consecuencias de tal creencia. La corriente dominante en la religión budista, colocó a Buda como entidad superior que aparece en sucesivas reencarnaciones y se encuentra al frente de un complejo panteón de dioses inferiores en posición y rango.

Desde tiempos inmemoriales, los hombres manifestaron miedo, respeto y admiración ante los socios ocultos, dueños de poderes, fuerzas e influencias superiores a las de ellos. Siendo los dioses y las diversas entidades socios en los asuntos del mundo físico, social y espiritual los vínculos y relaciones que crearon con ellos los hombres se fundamentan en el intento de obtener defensa y protección, ayuda y bienes, éxito y salud.

Desde un punto de vista sociológico, esta necesidad humana de obtener la protección superior, creó de facto un proceso de intercambio, en cuyo contexto los hombres ofrecen ofrendas a los dioses. La forma y el tipo de dicha ofrenda o presente está determinada por las normas y valores culturales aceptados en cada sociedad. Entre las distintas ofrendas encontramos el sacrificio animal, con el cual éste se transforma en un símbolo representativo del hombre o del grupo humano y que a través de ceremonias y actos se produce el ofrecimiento y entrega del alma humana. Este sacrificio actúa como

elemento unificativo y comunicativo con la Unidad Superior y su destino es aplicar la cólera, asegurar su protección o reafirman un pacto.

Desde un punto de vista sociológico-antropológico, la conducta y la relación entre el hombre y los dioses no se diferencia mucho a la existente en la diaria relación humana tendiente a la obtención de servicios o mercaderías. Vale decir, que en nuestra diaria interacción somos humildes y amables, amenazamos o utilizamos la fuerza con el fin de obtener lo deseado. Con los dioses, nuestra conducta no difiere en mucho. En el vínculo del mundo natural y el trascendente, existe una especie de trueque, donde en poder de los hombres existe algo que los hombres aman y en consecuencia, los dioses aman lo mismo que los hombres aman. No debe sorprendernos que esta concepción mítica de los dioses excita en todas las religiones conocidas sin excepción.

VM:. QQ:.HH:.

Cabe preguntarnos ahora ¿qué es lo que aman los Dioses? La respuesta es simple: plegarias, vínculo integral y activo de la relación humana con lo superior. A través de la plegarias el hombre mantiene un diálogo latente y activo con el Dios, la entidad y su objetivo es obtener el mayor beneficio en el trueque mencionado: hallar consuelo, ayuda, protección y misericordia, bendición personal o colectiva. El ceremonial, el rito y la plegaria forman parte de la compleja cultura social creada por el hombre. confirman el nexo con la tradición popular y afirman su pertenencia –necesidad psicológica- al grupo social que integran.

Los dioses tambien aman alimentos y bebidas. De acuerdo a una vieja tradición, la raza humana fue creada para que sirva y alimente a los Dioses, respete y haga sus voluntades. Cabe aclarar que los dioses se alimentan únicamente con el componente espiritual y mítico del alimento, es decir, de los aromas que ascienden a través del humo y en cambio, la parte física –el alimento propio- debe repartirse entre los miembros de la sociedad como acto confirmativo y unificativo.

El sacrificio animal ocupa un lugar preponderante en este tipo de ofrendas. Recordemos los sacrificios en el Templo de Jerusalén. Basta recordar que de acuerdo al relato bíblico, el Rey Salomón sacrificó 22 mil ovinos y 120 mil bovinos durante las ceremonias inaugurativas del Templo que elevó.

Loa Dioses, como los dioses de Israel, Ashur, Babel y Canaan, amaban las confituras, panes y masas, lo que ofrecía un significativo poder económico y político a las familias sacerdotales. Como en todas las religiones, los dioses aman la música y los cánticos y conocidas son las plegarias acompañadas por el arpa, la flauta y el violín o por el órgano en nuestros días.

Cuentan los textos, que todas la mañanas, con el ascenso del astro solar, sacerdotes del mundo antiguo abrían las puertas de los Templos. Todos los días los sacerdotes lavaban, perfumaban y vestían los cuerpos de piedra de los dioses y les ofrecían alimentos además de cánticos y plegarias. Así como los hombres gustan de sirvientes, para los dioses ellos son los sacerdotes. Así como los hombres gustan de palacios, para los dioses se construyeron las catedrales y lujosos templos, siendo que cuanto mas opulentos y grandiosos son éstos, más grande la satisfacción humana.

Las casas de los dioses se construyen similares a los palacios de los reyes. Como en los antiguos días, en los Templos suben las voces y los cánticos de los hombres entre las luminarias y los aromas de los incensos tendiendo a establecer un contacto personal e íntimo con la entidad superior a través de una elevación intensiva del ser humano sobre su diaria condición humana.

Nada ha cambiado en el hombre. Ha evolucionado y progresado en su ascenso cultural y científico, pero sus íntimas y profundas necesidades primarias y temores no han variado. En su profunda y oculta intimidad, el hombre necesita del activo diálogo con la entidad superior y son sus actos los que determinan la forma y el contenido de su vínculo con lo superior.

13/1/2011